los elegidos; para las vulgares, los vergonzosos deleites que se permitían á los meros creyentes. La vida ascética de los unos decoraba, por decirlo así, el vestíbulo de la secta y permitía penetrar en ella sin rubor; pero quien era lo suficiente modesto para quedarse en los puestos inferiores, disfrutaba, aunque desdeñado, de omnímoda libertad en sus apetitos y pasiones.

Esto explica cómo el maniqueismo logró seducir á tan gran número de hombres y cómo se mostró tan obstinado y vivaz. No llegó á dominar en país alguno, pues en todas partes se levantó contra él indignada la conciencia pública: gentiles y cristianos, Romanos y Persas se alzaron varias veces para rechazarlo hasta con la fuerza; pero en todas partes tambien experimentóse su maléfica influencia, y contó con parciales en India, en China, en Egipto, en Africa, en España y en las Galias. En siglo alguno fué el maniqueismo la religion de un pueblo, pero por espacio de más de dos mil años ocupó un lugar, más ó ménos extendido, pero siempre importante, en medio de las naciones todas. Priscilianistas en el siglo VI, Paulicianos en el VII, Cátaros y Albigenses en la Edad media, nacidos unos de otros, pero procedentes todos del árbol plantado por Manes, conservaron, con su dualismo más ó ménos modificado, su odio contra el dogma de la creacion, y como consecuencia su maldicion contra la carne y los desordenados excesos á que semejante maldicion arrastra.

Así, pues, neo-platonismo alejandrino, sistemas gnósticos y secta maniquea, todo tendía con supremo esfuerzo á apagar la divina antorcha encendida en el mundo volviendo á éste á las tinieblas paganas. Por un momento pudieron ojos humanos creer que habían conseguido su propósito cuando, próximo á morir el último de los hijos del gran Constantino, fué proclamado Augusto por las legiones de Lutecia, en las Galias, el único vástago que quedara de la familia imperial, el césar Juliano (año 360).

CAPÍTULO V.

El césar Juliano.—Sus aficiones y prácticas paganas.—Su apostasía.—Restablecimiento del paganismo.—Himno de Juliano al sol.—Renuévase la persecucion contra los cristianos.—Se les prohibe la enseñanza.—Juliano sale á campaña contra los Persas.—Su estancia en el santuario de Pesinonte.—Martirio de san Basilio.—Nuevas vejaciones contra los cristianos.—Juliano proyecta reformar el paganismo.—Frustrada tentativa para reconstruir el templo de Jerusalen —Guerra de Persia.—Muerte de Juliano.—Graciano.—Teodosio el Grande.—Definitivo vencimiento del paganismo.—Edicto de Tesalónica.—Unidad del mundo romano en la fé.—El Panteon ó templo de todos los dioses convertido en templo de todos los santos.—CONCLUSION.

DESDE que el príncipe Juliano, dejando el retiro en que vivía, acudió á Milan por órden de su primo Constancio, quien, hallándose solo para sostener el grave peso del imperio, quiso conferirle la dignidad cesárea (año 355), pudo conocerse cuánto detestaba la gran obra de Constantino entregado como estaba por sus lecturas y sus aficiones á los sistemas, ritos y costumbres paganas. «Vosotros sabeis, escribió algun tiempo despues á los Atenienses, cuántas lágrimas derramé al ser llamado á la corte, y y cómo en vuestra Acrópolis, alzando las manos al cielo, rogué á la diosa Atena que salvara á su servidor. Muchos son los que entre vosotros pueden atestiguarlo y la diosa no lo ignora.»

Y cuando algunos años despues, proclamado Augusto y rebelde á Constancio, disponíase á comenzar contra él las hostilidades, no hubo conjuros ni artificios adivinatorios á que no recurriese para saber el resultado de la lucha: augures, vuelo de las aves, entrañas de las víctimas, curso de los astros, sueños, á cuantas supersticiones fueron por Constantino desterradas de palacio, á todas apelaba y en todas creía. «*A los dioses* confío el cuidado de mi vida,» dijo al ponerse en marcha, despues de interrogar por última vez á Belona, y así que llegado á Naisa recibió el homenaje de Macedonia, Grecia é Italia y pudo creerse dueño del Occidente entero, arrojó por completo la máscara. Dejando á un lado el disimulo á que en ciertas ocasiones había recurrido y presentándose tal cual era, consumó la nefanda apostasía, y en él se personificaron y se elevaron de nuevo al poder aquellas resistencias de la raza pagana que llevamos someramente explicadas. No había sido por siglos y siglos ley de las sociedades y de los individuos, de las inteligencias y de los corazones para que al mirar consumadas con el sacrificio de un dios, restablecidas y triunfantes las tradiciones primitivas del humano linaje dictando á los hombres reglas seguras de vida y señalando el camino en la peregrinacion terrena á pueblos y monarcas, no tratara el paganismo, reconquistado el solio, de empeñar, áun despues de su primera derrota, última y definitiva batalla y de recobrar en la sociedad el terreno perdido.

Corta fué aquélla, pero recia y sostenida como la más terrible de las anteriores.

En las regiones que el nuevo Augusto recorría eran muchos los templos que, cerrados hacía algunos años, se arruinaban á impulso del olvido y la enemiga de las poblaciones; á excitacion de Juliano abrieron de nuevo sus puertas, y dando él mismo el ejemplo, ofreció una hecatombe á los dioses. Cuéntase que la noche anterior á este solemne acto, como para apartarse más y más del Dios de quien renegaba y borrar de su frente el sello del bautismo, sometióse á la sangrienta ceremonia llamada

Taurobole, popularizada en el imperio por el culto del pérsico Mithra [1]. Dice san Gregorio que «Juliano quiso en aquel horrible baño lavar sus manos considerándolas manchadas por haber contribuido al incruento sacrificio que nos hace partícipes de la pasion de Jesucristo;» y el mismo autor añade que al abrir las entrañas de la primera víctima sacrificada vióse figurada distintamente en ellas la imágen de una cruz rodeada de una especie de círculo ó corona. Y como los circunstantes contemplasen con asombro y terror el símbolo de Cristo junto al del imperio, el emperador les dijo con cruel sonrisa:

«—Veo que nada entendeis en agüeros; ese círculo significa que los cristianos están cogidos por todos lados y que ni uno solo puede ya escapar.»

Muerto Constancio ántes de llegar á la vista de su enemigo (361), Juliano ciñó solo la imperial diadema, y sin rebozo ya y sin freno alguno pudo entregarse á su política de reaccion pagana. Amigo de la vana ostentacion filosófica que trasciende en todos sus actos y dichos, impostor, fanático y supersticioso, segun calificaciones de un historiador gentil, la enemistad del nuevo Augusto contra los cristianos tuvo dos épocas distintas: una de aparente tolerancia en que quiso desempeñar el papel de Constantino de los gentiles, fingiendo permitir la libertad de todos los cultos, si bien favoreciendo la idolatría, como Constantino había protegido el cristianismo; y otra, lógica y precisa consecuencia de la anterior, en que sufrieron los fieles toda clase de persecuciones. Despues de la indiferencia y el desden, el odio: así ha sucedido siempre.

En la primera estaba cuando, trasladado que fué á Constantinopla el cadáver de Constancio, no se opuso á que en la iglesia de los Santos Apóstoles le dedicasen los cristianos magníficas exequias, al tiempo que daba á la gran ciudad, cristiana desde su orígen y vírgen de idolatría, el espectáculo de resucitar el culto pagano: con motivo de los funerales de un emperador cristiano celebróse en ella el primer sacrificio del exhumado paganismo. Pero como eran pocos en Constantinopla los que estuviesen enterados del ritual y calendario pagano, y las antiguas tradiciones estaban allí muy olvidadas, preciso fué que Juliano diese el ejemplo y se constituyese en maestro.

«Veíasele de continuo, dice el pagano Libanio, ante altares improvisados, yendo y viniendo sin cesar, soplando el fuego, interrogando el vuelo de las aves, colocando víctimas en el ara y hundiéndoles por sí mismo el cuchillo en las entrañas. Dia por dia sabía la fiesta que tocaba celebrar é indicaba á cada pueblo la costumbre que había de ser restablecida, el dios á quien debía prestar adoraciones. Sabía la señal de respeto y acatamiento que había de prestarse á cada deidad, si era necesario inclinarse, prosternarse ó besarle los piés. El culto público, en que tomaba participacion asídua, no bastaba á satisfacer su devocion, y así fué que mandó construir un templo en su jardin y erigir una capilla en su palacio. En ellos ofrecía sacrificios, de noche á los demonios de las tinieblas, y por mañana y tarde al dios del dia, al Sol-Rey, al brillante Apolo y al misterioso Mithra. En su antecámara fué consagrada una estatua á la Fortuna de la ciudad. Sacerdote y fiel á la vez, asistiendo y celebrando en templos apénas reparados y casi desiertos, en medio de cortesanos sorprendidos ó indiferentes, animábalo todo con su actividad y á todo suplía con su celo. Era entre los sacerdotes el más digno como era el primero de los emperadores.»

El himno de Juliano al Sol, escrito en forma de carta á su amigo Salustio, merece ser conocido para formarse idea de las supersticiones que oscurecían su corazon pagano.

«El sol es mi rey, dice, y yo soy su servidor. Mi confianza en él descansa en motivos secretos que sólo á mí pertenecen; pero sin agravio de mi religion y de mi conciencia, lícito ha de serme proclamar que desde mi tierna infancia me he sentido penetrado de amor por la claridad del sol. Cuando, niño aún, veía en los aires su esfera luminosa, habría deseado poder fijar en ella mis miradas; y tambien por la noche, siempre que me era dable salir y contemplar el cielo puro y sin nubes, olvidábalo todo absorto por tanta belleza. Decían los que me rodeaban que era excesivo mi afan por semejante espectáculo, y aunque imberbe todavía, acusábanme de hacerme el adivino; y sin embargo, no había aún venido á mis manos libro alguno de adivinacion é ignoraba por completo en qué consistía.»

Sigue á este exordio una exposicion, impregnada de filosofía alejandrina y dedicada expresamente á Platon y Jámblico, sobre la importancia del sol en la organizacion del universo. Es el sol en el mundo visible lo que Dios en el mundo inteligible, principio inmutable de toda perfeccion, de toda belleza, de toda clase de conocimiento. Dios, el supremo Bien, lo ha constituido en señor del mundo visible, y está ademas en relacion con el mundo inteligible. En la escala divina de los séres que llega del cielo á la tierra, ocupa un lugar intermedio entre los dioses inferiores partícipes de la creacion y las deidades superiores que emanan directamente del Bien supremo y le rodean. El sol contribuyó, pues, á la formacion de cuanto existe; por él vino al mundo todo lo que sólo en potencia existía. Como son numerosas y distintas sus operaciones son distintos y numerosos sus nombres. Es Júpiter, es Baco, es Apolo; él esparce deidades por toda la extension del cielo, y tocando en su carrera á tres de los cinco círculos del mundo, da orígen á las tres Gracias. Con su existencia alternativa son Cástor y Pólux imágen de sus intermitentes apariciones. Minerva le precede, Vénus le acompaña, y entre los Fenicios Mónimo y Azicio (equivalentes á Mercurio y Marte) son satélites suyos. Su calor fecundante creó el linaje humano, y despues de haberlo criado lo sustenta, no sólo en su cuerpo sino en su inteligencia, pues del cielo, dice Platon, procede toda sabiduría. Y particularizando más, del sol recibía proteccion el pueblo romano, pues sólo éste y el egipcio dividían su año en meses solares.

«Hé aquí, amigo Salustio, dice el emperador al concluir, lo que en honor de la triple potestad de ese gran dios me he atrevido á escribirte en el espacio de tres noches; esto me ha sugerido la memoria... Si de esas cosas deseas ciencia más cabal é íntima acude á los libros del divino Jámblico, que son acabado conjunto del saber humano. Y en tanto ruego al poderoso sol se digne favorecerme con la comprension plena de cuanto á él se refiere y con la facultad de enseñarlo en público ó en privado á quien de ello sea digno, honremos desde ahora al divino Jámblico, al que debo el conocimiento de cuanto acabo de decirte y de otras muchas cosas... A proponerme tu enseñanza supérfluo en verdad habría sido escribir de tal asunto despues de lo que aquel sabio ha dicho; pero mi objeto únicamente ha sido ofrecer al dios un himno en accion de gracias y explicar su esencia en la medida de mis fuerzas. En premio de mi buena voluntad, ruego al sol, rey mio, quiera otorgarme estas tres peticiones: que sea para mí benévolo y propicio; que me conceda una cabal salud y en la hora señalada para acabarse mis dias una sosegada muerte, y que pueda entónces volar á su seno y permanecer allí eternamente.»

A esas singulares efusiones de devocion filosófica correspondía decidida proteccion á retóricos y sofistas, que por cierto no desperdiciaron la ocasion de amontonar honores y riquezas. Máximo, maestro que fuera de Juliano, se rodeó de una pompa en él ridícula, alojándose en suntuoso palacio y haciéndose servir por centeres de esclavos. De todas las ciudades de Grecia acudieron á Constantinopla profesores, poetas, adivinos, augures y arúspices, y competían todos á porfía en referir soñadas persecuciones padecidas en el reinado de Constancio y en abrir templos y santuarios, que eran los más lugares de prostitucion. Todo el fango del culto pagano, de pronto removido desde el solio imperial, volvió á la superficie: charlatanes, expendedores de amuletos, sacerdotes de la Magna Dea con sus singulares contorsiones, mujercillas que se titulaban sacerdotisas ó bacantes llenaban las calles de la capital vestidos con abigarrados trajes, y todos, presentándose como víctimas, exigían que se les franqueasen las cajas del tesoro y las puertas de los palacios, y manifestaban de mil modos su saña contra los cristianos.

En las solemnes festividades en especial, cuando Juliano se dirigía con regia magnificencia á los templos de los dioses, acudía aquella gente á formarle cortejo. Revestidos todos ellos con sacerdotales insignias, ocupaban lugar preferente los demas, y veíaseles rodear el caballo del emperador, sin que la presencia del grave Juliano contuviese sus dichos obscenos ni sus estrepitosas carcajadas. De esta manera, dicen historiadores paganos, atravesaba las calles de Constantinopla el imperial filósofo que se proponía á Diógenes por modelo, entre mogiganga de titiriteros y mujeres perdidas.

Y como contraste hasta para el vulgo visible, miéntras el favor del poder público ponía á toda luz la miseria de los vestigios que del paganismo quedaban, la Iglesia cristiana, al sentir otra vez sobre sí el peso de la animadversion imperial, ofrecíase ante su enemigo fuerte y serena, sin pedir ni temer nada, y confiada en el auxilio divino, que no había de faltarle, y en la fuerza humana que le daba el gran número de sus seguidores.

Sea ó no sincero el deseo que varios historiadores atribuyen á Juliano de no entrar en lucha abierta con ella por creer más eficaces los medios insidiosos é indirectos, ello es que su decidido propósito de devolver al paganismo las prerogativas de religion oficial y política transcurridos treinta años de vencimiento no podía realizarse sin violencias y suplicios. La fuerza de las cosas fue de todos modos, como no podía ménos, superior á su voluntad ó al temor que la Iglesia le inspiraba, y á poco volvieron los atropellos y la persecucion sangrienta.

Esta, como otras veces sucediera, empezó en las filas del ejército. Restablecidos en él los antiguos usos, suprimida en las banderas la cruz lo mismo que el monograma de Jesucristo, reemplazado por las iniciales del Senado y del pueblo romano, llegó un dia en que, convocadas las legiones por mandato del emperador, anunció éste su intencion de proceder por sí mismo al reparto de una gratificacion extraordinaria. Con sorpresa se observó que cerca del solio imperial se había colocado un altar portátil con un fuego encendido y junto á él un platillo de incienso, y más creció el asombro y el disgusto cuando se comunicó la órden de que á medida que se acercasen los soldados á recibir su parte arrojasen á la llama unos granos de incienso.

Semejante disposicion, desobedecida por muchos que no contestaron al ser llamados, fué causa de gran descontento entre los legionarios cristianos, y á poco de tumultuosas escenas. Los que en ellas tomaron parte fueron condenados á muerte; pero como el pueblo de Constantinopla manifestara muy á las claras el interes que por los soldados sentía, conmutó el emperador la sentencia en destierro cuando ya el verdugo alzaba la cuchilla para herir á la primera víctima. Desde aquel momento no hubo ya para los cristianos paz ni seguridad alguna.

Los más ilustres capitanes del ejército, cristianos todos, fueron alejados de la corte y enviados á remotas tierras, y como coincidió con esto una disposicion imperial mandando que otra vez pasaran á sus anteriores detentadores los edificios cristianos, no se necesitó más,

[1] Véase tomo I, pág. 106.

con los sacrilegios que esto necesariamente produjo, para poner en conmocion y en fuego las principales ciudades. Iglesias incendiadas, reliquias de mártires arrojadas al viento, obispos torturados, gran número de fieles muertos, azotados, martirizados, vilipendiados, excesos de toda clase contra los sacerdotes y las vírgenes consagradas, este era el lúgubre y sangriento cuadro que presentaba el imperio á poco de haber prevalecido la restauracion pagana, bien distinto por cierto del que ofreciera al acaecer la conversion de Constantino. Y cuando la noticia de tales delitos llegaba al emperador por medio de algun prefecto rígido y justiciero, aunque pagano, como ya lo eran todos, Juliano, no creyendo ó no queriendo creer en la gravedad del mal, limitábase á decir con burlona sonrisa:

«—No será tanto; pero áun así ¿qué importa? los Galileos (así llamaba siempre á los cristianos) deben de regocijarse. ¿Acaso no les manda la ley evangélica sufrir resignados los males que Dios les envía?»

Otro género de persecucion más cruel é inícuo si cabe fué el que ideó el sofista coronado contra la ciencia cristiana. Confundido que fuera en público certámen por su médico el cristiano Cesáreo, hermano de Gregorio Nazianceno, á quien se propuso convertir á sus falsas doctrinas, creció en Juliano el encono que contra el cristianismo abrigaba. Si los cristianos, que tenían ya á su favor la ventaja de la virtud y del ánimo esforzado, llegaban á poseer ademas la del saber y la de la elocuencia ¿qué quedaría para las vencidas deidades? ¿Acaso aquella ciencia, aquel buen decir no eran propiedad de Grecia y de sus dioses? De las fuentes homéricas dimanaba la poesía; instrumento aguzado por Aristóteles fué la lógica, y Platon fué quien diera alas á la metafísica para ascender á lo infinito. ¿Puede ser, por lo mismo, justo, pensaba el apóstata Juliano, que así pasen á poder de los profanos los bienes del santuario? ¿Por ventura tienen derecho de pensar rectamente y de hablar con elegancia los adoradores del carpintero, los seguidores del pescador Pedro y de Pablo el Galileo? ¿Por qué han de querer trocar su bárbaro lenguaje por el idioma de las Musas?

Estos ruines pensamientos acabaron por prevalecer en el ánimo del irritado y fanático emperador, el cual formó la resolucion, absurda por lo tiránica, de reservar la ciencia como un monopolio para sus falsas deidades privando á los cristianos todos, ya que no de la luz del dia, por ser empresa imposible, de la luz de la inteligencia De tan pérfido sistema hizo su primero y tímido ensayo en dos leyes (año 362) por las que, al renovar los privilegios que de antiguo disfrutaban médicos y artistas, confirió exclusivamente á la curia de las grandes ciudades el derecho de nombrar profesores, que habían de obtener luego la aprobacion imperial, y prohibió la enseñanza á cualquiera que no tuviese ese oficial carácter. Pero á poco, desconfiando de las elecciones que verificasen las curias por ser muchas de ellas cristianas, descubrió del todo su intento, y una mañana pudieron leerse en las esquinas de Constantinopla estas extrañas palabras:

«Sana doctrina ha de llamarse, no la que enseña el acertado uso de las palabras y la armonía de una buena diccion, sino aquella que comunica al alma justas nociones acerca de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto. Por lo mismo aquel que enseña á sus discípulos una cosa miéntras que en su pensamiento guarda otra distinta, dista tanto de ser buen profesor como de ser hombre honrado; si tal diferencia entre lo dicho y lo pensado versa sobre asunto de escasa importancia, el daño, aunque exista, será leve; pero si se trata de puntos de suyo trascendentales, entónces enseñar lo contrario de lo que se piensa es ya convertir la enseñanza en vil comercio, aún más, en fraude criminal. Los que esto hacen, los que así enseñan aquello mismo en que no creen, propónense atraer con cebo engañador y falsos halagos á quienes se proponen comunicar despues sus propios vicios. Importa, pues, que los hombres que tomen por profesion la enseñanza sean ante todo de irreprensibles costumbres y se abstengan de emitir opiniones que se aparten de las creencias populares; y esto han de observarlo sobre todo los que enseñan á los jóvenes el arte de discurrir y les guían en la interpretacion de los libros antiguos, con aspiraciones á dar lecciones sobre la direccion de la cosa pública. Dignos de alabanza son por ello si no engañan al público, si no se desmienten á sí propios enseñando á los oyentes lo contrario de sus opiniones verdaderas. En efecto, si Homero, Demóstenes, Herodoto, Tucídides, Isócrates y tantos otros proclamaban que los dioses son los padres y guías de las ciencias; si todos ellos se creían consagrados á Mercurio los unos y los otros á las Musas ¿no es un absurdo ver que aquellos mismos que interpretan los libros de esos ilustres varones ultrajan á los dioses que ellos veneraban? Insensata me parece conducta semejante, y sin que trate de obligar á variarla á quien la tenga por buena, no puedo ménos de ponerle en el caso de elegir entre no enseñar lo que reprueba, ó, si persiste en enseñar, convenir, diciéndolo así á sus discípulos, en que Homero, Herodoto ni ninguno de los autores interpretados merecen los cargos de impiedad, demencia ó error que á ellos se dirigen. Si en las obras de esos escritores hallan su sustento, si con ellas y por ellas viven, el colmo de la avaricia sería en tales profesores enseñar por pocos dracmas lo que consideran falso; pues si hasta ahora han podido existir motivos para no frecuentar los templos lo mismo que para alterar las verdaderas nociones de la divinidad, en el dia en que al fin la libertad nos ha sido devuelta por los dioses, absurdo sería que hubiese hombres que enseñaran lo que reputan error. De reconocer alguna sabiduría en los autores cuyas obras interpretan, comiencen por imitar

Espasa y Compañía editores

PLUTON Y PROSERPINA.

Cuadro de L. Jordan — *(Casa del Príncipe en el Escorial)*

su piedad para con los dioses; si, por el contrario, tienen por erróneas sus opiniones, vayan entónces á las iglesias de los Galileos, háganse intérpretes de Mateo y Lúcas, y allí aprenderán á abstenerse de los sagrados ritos.

»Esta es la ley que establezco para profesores y maestros; y si bien habría sido justo tratar como insensatos y curar áun á pesar suyo á los que han observado la conducta que condenamos, queda perdonada á todos la antigua malicia, convencido como estoy de que es preferible ilustrar á castigar.»

El imperial edicto, tan nuevo como inesperado, causó en el imperio sensacion profunda, sobre todo en las ciudades renombradas por sus escuelas. En todas había maestros cristianos ¿qué partido adoptarían? ¿Se resignarían sus discípulos á recibir una enseñanza pagana? Poco duró la incertidumbre, y con rarísimas excepciones cerráronse por sí mismas las escuelas cristianas, siendo esto ocasion de interesante y conmovedoras escenas que llevaron á su colmo la irritacion pública. Los discípulos cristianos abandonaron las aulas en pos de sus profesores, y desde aquel dia se cerraron para los hijos de familias cristianas todas las puertas para ascender á los altos puestos sociales.

Juliano hallóse al fin dispuesto para emprender de nuevo la interminable guerra de Persia, y despues de exigir un tributo extraordinario á los que se negasen á sacrificar á los dioses, salió de Constantinopla camino de Antioquía. Lenta fué su marcha, pues en cuantos pueblos hallaba un templo que se librara de la destruccion ó recientemente abierto, se detenía para sacrificar; al salir de Nicomedia torció hacia Frigia sin más objeto que visitar el famoso santuario que en Pesinonte tenía Cibeles, madre de los dioses, y en él, poco satisfecho del escaso número de adoradores que conservaba la diosa, escribió, seguramente para excitar la devocion, un tratado dogmático explicando el sentido metafísico de los amores de Atis.

Este, segun el emperador filósofo, es imágen de una de las divinidades colocadas en medio de la cadena de los séres y principalmente encargadas de comunicar á la materia el principio fecundante; cuando por esta pendiente desciende demasiado y se deja arrastrar á regiones harto bajas é inferiores, la Buena Diosa, que le domina y que no puede dejar de estar en comunicacion con él, se opone á su caida y le detiene. Así se explican sus celos y su venganza. La mutilacion de Atis significa la limitacion de lo infinito en comunicacion con lo finito.

En cuanto á las reglas que prohibían á sus sacerdotes comer de las plantas yacentes en la tierra, explicábalas Juliano diciendo que si el hombre puede alimentarse de cuanto sale de la tierra para alzarse hacia el cielo, no sucede lo mismo con lo que por ella se arrastra.

«¡Oh madre de los dioses y los hombres, sentada con Júpiter en un mismo trono! exclama al concluir. ¡Oh fuente y orígen de todos los dioses inteligibles! ¡Oh tú, que unida estrechamente á las más puras esencias de las cosas, concentras en tí misma la fuerza creadora para comunicarla á cuanto es inteligente; diosa fecunda, prudencia, consejo é inspiracion de nuestras almas! ¡Oh tú, que sentiste amor por el ilustre Baco, que salvaste al abandonado Atis y supiste extraerle de horrible caverna... otorga á los hombres todos la felicidad cuyo principio es el conocimiento de Dios! ¡Haz que de la república romana desaparezca la mancilla de la impiedad, y permite que benévola Fortuna presida á su gobierno por espacio de muchos años! Por lo que á mí hace, pídote, como recompensa de mi fidelidad en honrarte, el conocimiento de la verdad en las cosas divinas, la perfeccion en el servicio de los dioses, en mis empresas así políticas como militares la virtud junto con el buen suceso, y como fin una muerte sosegada y gloriosa, con la inefable esperanza de ascender á reunirme contigo.»

En camino otra vez, llegó Juliano á Ancira, metrópoli de Galacia, donde los sacerdotes de Hecate salieron á su encuentro llevando en andas la estatua de la diosa. Allí fué de nuevo derramada por órden suya sangre cristiana. Hacía poco que fuera encarcelado un celoso é ilustre cristiano, por nombre Basilio, acusándole de haber querido amotinar al pueblo para oponerse á la reapertura de los templos paganos y de haber proferido ultrajantes expresiones contra el emperador y su culto. En diferentes interrogatorios á que se le sujetara en presencia del procónsul y de los magistrados, había usado el preso firme y altivo lenguaje; los condes Elpidio y Pegacio, dos apóstatas que para complacer al soberano habían abrazado recientemente el paganismo, fueron, más que los otros, objeto de sus reconvenciones, y á sus instancias se debió que Juliano dispusiese la comparecencia del acusado ante su tribunal.

Basilio entró en el pretorio erguida la frente y sereno el semblante.

»—¿Quién eres? le preguntó el emperador. ¿Cómo te llamas?

»—Voy á decírtelo, contestó Basilio. Antes que todo me llamo cristiano, nombre ilustre y preclaro, pues el de Cristo es eterno y no tendrá fin. Luego me llamo tambien Basilio, y con este nombre soy en el mundo conocido; pero si conservo el primero tendré por premio una inmortalidad venturosa.

»—Te engañas, Basilio, díjole Juliano; yo, como sabrás, tengo algunas noticias de vuestros misterios, y has de creerme cuando te digo que aquel en quien esperas no es lo que tú imaginas; ántes bien no pudo librarse de la muerte ¡y de qué muerte! siendo Pilatos gobernador de Judea.

»—No soy yo quien se engaña, sino tú, emperador;

tú, que has renegado de Jesucristo en el momento en que te daba el imperio. En su nombre te advierto que no tardará en quitarte la vida, y entónces, aunque tarde, conocerás al Señor que has abandonado. Así como has perdido tú la memoria de sus beneficios, no se acordará él de su bondad cuando será ocasion de castigarte; si has derribado sus altares, él te derribará de tu trono; si te has complacido en hollar y conculcar su ley, tu cuerpo será tambien hollado y pisoteado y permanecerá insepulto despues que de él haya salido tu alma entre espantosos tormentos.»

Dichas estas palabras con inspiracion profética causaron en el auditorio un estremecimiento de terror; no así en Juliano que, poseido de ira, dijo:

«—Mi intencion era salvarte; pero ya que así desprecias mis consejos y faltas al respeto que á mi rango es debido, castíguense en tí los ultrajes inferidos á la majestad del imperio.»

Y levantó la sesion disponiendo que se impusiera á Basilio el suplicio de azotes.

Fué éste tan riguroso y las correas en él empleadas tan recias que el cuerpo del cristiano quedó hecho todo él una llaga y la carne casi arrancada pendía chorreando sangre de brazos, pecho y espaldas. Al dia siguiente fué llevado de nuevo á presencia del emperador, el cual, rodeado en el templo de Esculapio de sacerdotal pompa, se disponía para solemne sacrificio.

«—Paréceme, le dijo Juliano, que, más cuerdo que ayer, reconocerás hoy tu error y sacrificarás con nosotros.

»—No lo esperes. Tus dioses no son más que estatuas de palo que nada ven ni oyen.»

Y apartando el manto con que se cubría llevó la mano á sus profundas heridas, arrojó á los piés del emperador un pedazo de su carne torturada, y añadió:

«—Toma, aliméntate con mi sangre, pues de ella estás sediento; en cuanto á mí de Jesucristo me alimento.»

Los cortesanos se arrojaron sobre Basilio, el cual á poco pereció entre horribles tormentos, con toda la serenidad y firmeza de los mártires.

Otros fueron los qué en Ancira sellaron con sangre su fé durante los breves dias que en aquellos muros permaneció Juliano; pero más numerosos, más sangrientos aún fueron los horrores que se vieron á su llegada á la ciudad de Antioquía.

En ella verificó su solemne entrada en uno de los primeros dias de julio, cuando se estaban celebrando las fiestas consagradas á Adonis, y cuéntase que al pasar los umbrales del palacio oyóse resonar una especie de lúgubre y prolongado aullido: exigíalo el ritual al hacer conmemoracion de la desastrosa muerte del gentil cazador, pero esto no impidió que se tuviera por funesto presagio y que causara gran turbacion al supersticioso Juliano. Por diferentes pretextos y frívolas acusaciones algunos cristianos fueron entregados al verdugo, y en varias ciudades de Palestina perecieron muchos, por excitacion del emperador, á manos de la plebe alborotada. De un extremo á otro de la provincia viéronse horribles escenas de matanza en las que tomaron parte los Judíos, cuyo odio á los cristianos permanecía vivo como nunca; en Gaza fueron las vírgenes arrastradas á la plaza pública, horriblemente asesinadas, y sus entrañas sirvieron de pasto á los cerdos. En todas partes diéronse al fuego las iglesias y al viento los restos de los mártires.

Tambien Alejandría presenció sangrientos desmanes contra los cristianos, y Juliano que al intervenir ántes alguna vez en las contiendas que dividian á los fieles había dado siempre el imperial favor, bien aconsejado por el instinto del odio, á los sectarios, no podía entónces olvidar que el gran Atanasio era la fuerte coluna del Oriente cristiano: por esto, si tuvo para la plebe alejandrina suaves palabras de reprension por los excesos cometidos, no vaciló en desterrar de su sede al animoso obispo.

Pero á pesar de tantos esfuerzos veía con sorpresa el tirano que el obstáculo con que había entablado tan criminal é insensata lucha, crecía y cobraba sin cesar nuevo vigor, al paso que el paganismo no volvía de su postracion. En ménos de un año había debido pasar de la persuasion á la astucia y de la astucia á la violencia; puesto ya ahora en la senda de los pasados perseguidores seguía las huellas de Decio y Diocleciano. Exaltado por feroz supersticion, que sólo encontraba eco entre la plebe ávida de sangre, era evidente que en breve no habría freno que le detuviese en la fatal pendiente.

Sin embargo, contenido aun por un vestigio de prudencia y por su hábito del disimulo, no dió todavía un edicto general de persecucion; pero con toda clase de ruindades aplicóse sin descanso á colocar incesantemente á los cristianos en la alternativa de abjurar de su fé ó de renunciar á los derechos todos de la existencia civil. Valiéndose del inmenso poder en sus manos concentrado, envolvióles en las apretadas mallas de una red de hierro: si en Constantinopla les prohibiera la enseñanza, en Antioquía extendió la prohibicion á todos los empleos públicos.

«El interes del Estado, dijo, exige que ciertos reos sean castigados de muerte, y no puedo, por lo mismo, confiar la espada á aquellos que por su ley no pueden usarla.»

«Los Galileos, escribió á sus prefectos, no han de ser perseguidos contra derecho y justicia; pero en todas ocasiones conviene posponerlos á los hombres piadosos.»

Desde aquel dia, despedidos los cristianos de los públicos empleos, quedaron muchos reducidos á la miseria, y no bastando esto aún, extendióse la persecucion hasta los más pequeños actos de la vida privada. En los sitios donde existía una estatua del emperador, es decir, en casi todas las calles de las grandes ciudades, alzóse otra consagrada á Vénus ó á Serapis; saludando á la una, saludábase al parecer tambien á la otra, de modo que los cristianos habían de incurrir en rebelion ó en idolatría. A veces, para hacer más inevitable la celada, representábase al propio emperador con los atributos de Marte ó de Apolo, del dios de la guerra ó del dios de las artes; grabábanse en las monedas símbolos paganos, y refiérese que junto á la gran fuente que abastecía de agua á todas las de Antioquía, erigióse un altar en el cual fué aquélla con solemnidad consagrada á las divinidades todas del Olimpo. Con aquella agua lustral verificáronse luego aspersiones en todos los mercados, sobre todos los artículos, pan, frutas, carnes y demas, complaciéndose Juliano, á lo que dice el historiador Sozomeno, en la maligna idea de que no habria cristiano que comiese y bebiese sin mancillarse al contacto de los ídolos.

Otra disposicion inspiró el odio á Juliano, y á ella fué debido nuevo derramamiento de sangre cristiana. Mandó que la guarnicion de Antioquía se alimentase con las víctimas de los sacrificios, y hubo cohortes enteras que se negaron á comerlas.

«—Esto es insoportable, decían; próximo está el dia en que no podrémos respirar siquiera, tanto va cargándose la atmósfera de emponzoñados miasmas.»

Trasladadas al emperador estas palabras, dijéronle haberlas pronunciado, entre otros, dos jóvenes legionarios llamados Juventino y Maximino. Llamóles á su presencia, y enterado por sí mismo del caso, mandó que los azotasen y que fuesen cargados de prisiones; así estuvieron varios dias, hasta que, no flaqueando en su fé, fueron entregados al verdugo y ejecutados en los fosos de la ciudad. Igual suerte tuvieron otros dos soldados de una legion recien llegada del Oriente, por haber murmurado contra la disposicion que arrancó la cruz de su estandarte, y como se procedía á esas y otras muchas ejecuciones en secreto para no dar más pábulo á la irritacion general, acreditóse la voz de que se asesinaba á los cristianos durante la noche y de que la ensangrentada corriente del Oronte empujaba cada dia al mar numerosos y mutilados cadáveres.

Había en las puertas de Antioquía un barrio que llevaba el nombre de Dafne, por creer aquellos moradores que la ninfa perseguida por Apolo tomó allí la forma de laurel; esta tradicion había dado en los pasados tiempos gran fama al templo que en aquel sitio se elevaba y á la fuente que junto á él manaba, llamada de Castalia; pero como entónces estaba aquél arruinado y olvidado y ésta obstruida y seca, no se necesitó más para que el emperador formase el propósito de restaurar espléndidamente uno y otra. Y llevólo á cabo; pero cuando estaba todo dispuesto para la solemne inauguracion, un incendio consumió el templo dejando sólo los más robustos paredones. La cólera del emperador, en vista de aquel suceso, no conoció límites; sin otro fundamento que el de su saña atribuyólo á los cristianos, y mandando encarcelar á los principales, púsolos á cuestion de tormento sin lograr arrancarles la confesion del hecho que se les imputaba. La principal iglesia de Antioquía fué arrasada y sus preciosidades confiscadas. Y lo que pasaba en Antioquía sucedía en las otras provincias; aunque el celo de los gobernadores disminuía por lo general á proporcion que aumentaba la distancia que del emperador los suparaba, en casi todas se ordenaron suplicios y corrió la sangre.

El filósofo emperador dió á conocer entónces un proyecto de reforma por él ideado á fin de poner al paganismo en conformidad con el fantástico original de una pureza primitiva y poder así sostener con ventaja la comparacion con el modelo visible que incesantemente tenía á la vista. Reformar el politeismo en su disciplina, en su doctrina, en sus costumbres, era la quimera que le embargaba en los raros momentos que le dejaban libres sus quehaceres ó su odio, entre dos meditaciones filosóficas y dos arrebatos de cólera. El paganismo no tenía ni había tenido jamas una jerarquía establecida entre sus sacerdotes, como no la tenía entre sus dioses; entre los infinitos templos consagrados á divinidades de toda clase no había lazo ni preeminencia reconocida, y en lo interior de cada uno sacerdotes, hierofantes, flámines, servidores, ministros confundíanse sin órden; en cuanto los cargos todos eran debidos al favor, sin ser necesario en los más de los casos requisito alguno en el postulante. En vez de esto quiso Juliano establecer, ademas de un órden de supremacía, la obligacion de la obediencia correspondiente, los límites y las atribuciones de cada cargo y sucesivos grados de ascenso. En los templos, mudos testigos de ceremonias frívolas, á las que asistía el pueblo sin comprenderlas, nada se enseñaba: Juliano dispuso que en ellos se diesen instrucciones para bien vivir, y que ministros especiales tuviesen á su cargo leer escogidos pasajes de los poetas y filósofos y dar explicacion del significado de los misterios así como de la trascendencia filosófica de las diferentes fábulas. Como no había quien velase por la pureza de los ritos, era comun que cantos populares ó lascivos se uniesen á los himnos sagrados; Juliano formuló una liturgia purificada y estable con música expresamente compuesta para el caso. La semi-oscuridad del santuario, las tinieblas de las fiestas nocturnas ocultaban misterios de disolucion; Juliano aspiró á restablecer lo que se contaba de los antiguos misterios de purificacion y penitencia. En una palabra, el discípulo de Jámblico tendía en todo á la elevacion del alma por la exaltacion de los sentidos; pero ni esto le fué dable. El paganismo, gangrenado hasta los huesos, no admitía ni sombra de rehabilitacion, y el fanático emperador habría debido convencerse de la insensatez de su obra al hallar á cada paso la abyeccion del espíritu entre el desenfreno de la materia: Juliano buscaba el éxtasis, y sólo encontraba la orgía.

En vano quiso y sin descanso luchaba para alcanzar la restauracion pagana. Hasta nosotros ha llegado, aunque muy mutilada, una larga instruccion ó como una especie de manual remitido á los sacerdotes idólatras indicándoles las respuestas que habían de dar á los principales cargos que les dirigían los cristianos, y sobre todo prescribiéndoles los medios con que, segun decía, arrebatarían á sus competidores la consideracion y el amor de los pueblos. La circular fué recibida en todos los templos del imperio, pero en ninguno recibió aplicacion á pesar de los rigores á que para alcanzarlo apeló el emperador en su calidad de pontífice máximo. Del paganismo austero y rígido en que Juliano soñaba, eran los paganos los primeros y los más decididos adversarios.

Disgustado de los gentiles, en quienes no hallaba el apoyo que habría deseado, el instinto del odio impulsó al emperador hacia los Judíos. Su alma impregnada de hiel, sentíase poseida de admiracion por el pueblo tenaz y rencoroso, no domado á pesar de tantos años de proscripcion; tan obstinados en su fé como en su resentimiento, los Hebreos, por más que no participasen de sus creencias, tenían cuando ménos los mismos rencores, y nada impedía que los mirase como aliados naturales. La ecléctica teogonía por él profesada dejaba á Jehová en lugar secundario, aunque honroso, y por lo que toca á los Judíos, siendo su odio contra los cristianos violento como nunca desde la conversion de Constantino, tampoco habían de mostrarse escrupulosos. Por esto y por haber condonado Juliano los tributos extraordinarios á que estaban sujetos, estableciéronse frecuentes é íntimas relaciones entre la corte y los principales Judíos del imperio, y cierto dia que se hallaban algunos en conversacion con el emperador, éste les dijo:

«—¿Por qué ha caido en inobservancia vuestra ley? Si ésta prescribe sacrificios sangrientos como los nuestros ¿por qué no los practicais?

»—¿Acaso tenemos dónde? le contestaron. Nuestra ley prohibe ofrecer á Dios víctima alguna fuera de Jerusalen y del lugar consagrado por David. Si deseais que sacrifiquemos restableced el templo, levantad el derribado altar, abrid de nuevo el santo de los santos, y veréis que en nada ha disminuido nuestro religioso fervor.»

No se necesitó más para exaltar la imaginacion de Juliano. Reconstruir el templo de los Judíos, desmentir á Jesucristo, quien había profetizado que no habría de quedar de él piedra sobre piedra, privar de un poderoso argumento á los apologistas cristianos, ¡gran triunfo para él! El dia en que todo esto consiguiera sería el de la completa derrota del odiado Constantino. Sin pérdida de momento, é imitando hasta en los más pequeños pormenores al gran emperador cuando levantó la iglesia del Santo Sepulcro, comunicó órden á los Judíos para que le trazasen los planos de la reconstruccion, abrióles ilimitado crédito en los tesoros imperiales, y cuidó en persona de reunir operarios y materiales. La direccion de la empresa fué confiada á altos dignatarios corriendo especialmente á cargo especialmente del conde Alipio de Antioquía, confidente íntimo del emperador, y como él ferviente pagano.

Los Judíos del imperio, despues de un instante de duda y vacilacion, abrieron el pecho á la confianza, y ricos y pobres rivalizaron en sacrificios para ayudar los designios del emperador. De todos lados acudieron trabajadores y enviáronse cuantiosas ofrendas, y la insólita multitud que llenó las ántes solitarias calles de Jerusalen complacíase en ver muy próximo el dia de la venganza y de las represalias.

Los trabajos comenzaron con la demolicion y extraccion de los cimientos del antiguo templo, cuyas ruinas habrían estorbado la construccion del nuevo; los vetustos y recios paredones que aún quedaban en pié, fueron arrasados hasta el suelo. Esta parte de la obra se ejecutó sin dificultades; pero al disponerse á sentar los nuevos fundamentos la intemperie de la estacion hizo muy penosos los trabajos; incesantes desprendimientos de tierras llenaban las nuevas excavaciones; un espantoso huracan dispersó los primeros materiales ya preparados, y por la noche sintióse que el suelo temblaba y se movía.

Sin desalentarse, trataron los operarios de evitar nuevos entorpecimientos cavando á mayor profundidad; pero de pronto, á los golpes de los picos, brotaron de la removida tierra numerosos globos de fuego que envolvieron á los trabajadores en llamas y humo. El terror les prestó alas para huir del peligro, hasta que, desvanecido, volvieron á la tarea los que quedaran ilesos; pero de nuevo fueron dispersados por las llamas. Tres veces se repitió el prodigio á la vista de asustada muchedumbre, y por espacio de muchas noches viéronse por los aires llamaradas y oyéronse subterráneos estallidos.

Despues de tal catástrofe imposible fué hallar trabajadores y de grado ó por fuerza hubo de renunciarse á la empresa, la que no dejó más vestigio que una destruccion más completa del templo: de él no quedó materialmente piedra sobre piedra. De esta manera se confirmó para siempre la palabra divina por medio de portentosos fenómenos que atestiguan sin discrepancia ni distincion los escritores contemporáneos del caso, gentiles, judíos y cristianos, desde Ammiano Marcelino hasta san Gregorio.

Llegada la primavera, concluidos los inmensos preparativos en que hacía un año se ocupaba, Juliano, á la cabeza de sesenta y cinco mil soldados y de algunos escuadrones de Escitas y Godos, resolvió ponerse en marcha y dar comienzo á la campaña. En la lucha á muerte que iba á empeñarse entre el heredero de César y el de Ciro estaba el Romano tan seguro de la victoria que ni siquiera quiso aceptar los amistosos ofrecimientos de las naciones tributarias y vecinas.

«—Roma, respondió soberbio, no necesita del auxilio de nadie, y el mundo todo ha menester del suyo.»

Por esto no figuraron en la expedicion las tribus nómadas de Sarracenos y los batallones cristianos de Armenia, que con tanta eficacia cooperaron á las anteriores; las legiones llevaron todo el peso de la empresa, y áun aquellos jinetes Escitas y Godos hallábanse ya incorporados de antiguo á las tropas del imperio. Atacar y vencer á los Persas para emplear en seguida las nuevas fuerzas que su victoria le diera en favor de los dioses del paganismo, este era el gran proyecto de Juliano. En efecto, segun él, los grandes combates que se preparaban entre el Éufrates y el Tigris no pasaban de ser el episodio de un drama más grande todavía. En las llanuras de Persia, adonde se dirigía rodeado de soldados cristianos, había de decidirse al fin la recia batalla entre el paganismo y el cristianismo sostenida: más que á los enemigos que tenía delante, proponíase combatir á los que á sus espaldas quedaban. Por esto nunca se habían dirigido tantas consultas á tan gran número de oráculos y de augures.

Los cristianos, por su parte, aunque prontos á cumplir con el deber militar, conocían todo el horror de la dura alternativa en que se veían colocados. De público circulaban los más siniestros rumores acerca de los propósitos del emperador á su vuelta de campaña; decíase que un edicto, redactado ya, prohibiría á los cristianos toda clase de comercio y les privaría del derecho de litigar ante los tribunales. Las iglesias todas habrían de cerrar sus puertas, y la imágen de Vénus reemplazaría en todas partes á la de Jesucristo. Asegurábase que con los materiales preparados para la reconstruccion del templo iba á ser levantado en Jerusalen un anfiteatro en el que los obispos y los fieles más conocidos de aquellas regiones serían entregados á las fieras en juegos á los que asistiría el emperador en persona, y así era que los lamentos y las oraciones no cesaban en las iglesias, ni los ayunos y las buenas obras en las familias cristianas. Los anacoretas del desierto ofrecían el santo sacrificio por la salvacion de la fé y para que se mudasen las intenciones del emperador, miéntras los fieles visitaban de contínuo los sepulcros de los mártires.

Juliano guió á su ejército por el mismo camino que recorrieron las victoriosas armas de Trajano y Septimio Severo, que era el más directo á Ctesifon, una de las dos capitales del imperio persa; numerosa armada, dispuesta en el Éufrates, conducía las máquinas y municiones necesarias para un gran sitio. Al comienzo de mayo (año 363), en la estrecha comarca encerrada entre aquel rio y el Tigris, ocurrieron los primeros encuentros favorables todos á las armas romanas; varias plazas de guerra se rindieron ó fueron tomadas por asalto; pero resistiéndose la de Ctesifon, quiso el emperador ir en busca de Sapor, que al frente de innumerable hueste se había retirado á los llanos de Babilonia. Un tránsfugo se ofreció á servirle de guía, y despues de entregar á las llamas las naves, por reputarlas un obstáculo, emprendió el Romano el peligroso camino. Los campos inmediatos al Tigris habían sido devastados algunos dias ántes para reducir á Ctesifon, y aquellos moradores continuaban por patriotismo la obra destructora; todas las aldeas habían sido abandonadas, y el ejército hallóse en breve en situacion muy apurada. De aquella tierra devastada por el fuego é inundada despues por la rotura de los diques, elevábanse enjambres de venenosos insectos que no dejaban á hombres y caballos un momento de reposo, y si bien en la línea del horizonte divisábanse de cuando en cuando por los destellos de sus brillantes armaduras algunos escuadrones destacados de la hueste del gran rey, sus movimientos rápidos é irregulares ora sobre la izquierda, ora sobre la derecha de las legiones, no daban á éstas claro indicio de la situacion del enemigo, ni les indicaban el camino para llegar hasta él. Los Romanos arrastraban, pues, fatigas y quebrantos sin saber á punto fijo, pues el tránsfugo había desaparecido, lo que buscaban ni á dónde se dirigían.

A mediados de junio, por decidida voluntad de las legiones, comenzó la retirada á la cual hicieron cortejo la escasez ó casi el hambre, y la caballería y los arqueros persas en incesantes acometidas. Juliano marchaba á la vanguardia, y en un instante de descanso se despojó de la coraza para respirar con desahogo; de pronto, prolongado grito de alarma le llamó á la retaguardia. Los Catafractos persas caían sobre ella con sus terribles elefantes, á cuyo solo hedor, en aquellos dias de calor sofocante, se encabritaban y huían los caballos romanos; el emperador corrió á la pelea y rechazaba ya al enemigo, á pesar de los ruegos de los suyos que al verle desarmado le instaban para que se retirase, cuando un dardo rozóle el brazo, y atravesándole el costado se le clavó en la region del hígado. Con instantáneo movimiento llevó la mano á la herida para arrancar de ella el hierro, pero éste le cortó los dedos. Entónces con voz iracunda gritó: —¡Venciste, Galileo [1]!—y mirando al cielo, cayó sin sentido.

Reanimado á poco, pidió el escudo que temía haber perdido en la pelea, y rodeado de sus amigos, á quienes dirigió filosófico discurso, aquella misma noche espiró, á los treinta y dos años de edad y en el segundo de reinado.

Esta muerte desastrosa y en apartado desierto ha quedado en la memoria de los hombres pensadores como uno de los castigos más señalados de la Providencia. El último campeon del paganismo, el que desde el solio le

[1] En estas palabras no están acordes los historiadores; segun algunos dijo:—«¡Oh Sol, me has engañado!» lo cual viene á significar lo mismo.